

El Futuro entra en nosotras mucho antes de que suceda: Abrir el espacio para una narración emergente de Comunión

*Ponencia presidencial 2017
10 de agosto, 2017-Orlando, Florida
Mary Pellegrino, CSJ*

Las historias son realmente importantes. Todo el tiempo y en todos los lugares las personas han contado historias. Ellas ayudan a dar forma a la identidad y al bienestar. Tienen códigos religiosos, morales y éticos. Son el pegamento que mantiene a las sociedades y a las culturas unidas.

Las historias son portadoras de nuestros recuerdos y memorias, son recipientes de gracia. Piensa cuánto de nuestras vidas está contenido y transmitido en esas historias.

Y, las historias que contamos pueden ser o no ciertas. Pueden estar o no completas. Pudieran o no tener completa información. Y la mayoría de las historias con fundamentos históricos tienden o necesitan evolucionar a medida que hay nueva información y experiencia disponible.

Como grupo, nuestras historias personales contribuyen a una mayor y más amplia narrativa en la cual debemos ubicarnos. Piensen en las narraciones de nuestras familias de origen, de nuestras congregaciones, las de nuestro país en donde nacimos.

Sugiero que una "narración" en este sentido es una historia desproporcionada con un cierto conjunto de suposiciones, comprensiones y percepciones que definen o describen a un grupo, una época o una cultura. Estas suposiciones, comprensiones y perspectivas forman una especie de un todo cohesivo. No obstante, éstos no necesariamente garantizan la exactitud o la verdad en la forma en que podríamos suponer. Las narraciones se encuentran típicamente enraizadas en visiones particulares del mundo. Éstas crean una cierta realidad para nosotras. Y es muy difícil para que nuestra realidad percibida sea cambiada incluso, con nueva información o experiencias.

Les puedo ofrecer un ejemplo personal, aunque muy mundano.

Durante toda mi infancia y una buena parte de mi edad adulta, creí que mis padres me habían dado el nombre de "María" por una promesa que le hicieron a Dios. Mi hermano, tres años mayor que yo, nació prematuro. Había mucha dificultad para que naciera y aun posibilidades de que no sobreviviera. Mi papá me contó que ellos oraron y prometieron a Dios que, si sobrevivía, le pondrían José. Y si alguna vez tuvieran una hija, la llamarían María.

Mi hermano sobrevivió. Le pusieron José. Yo nací tres años después. Y, cumpliendo su promesa, mi nombre fue María.

Así que la historia que llevé conmigo más de la mitad de mi vida era que mi nombre era el cumplimiento de una promesa hecha a Dios por mis padres en agradecimiento por la vida de mi hermano.

Era una historia encantadora. Solamente que no era verdadera. Descubrí que no era cierta de manera brusca, cuando un día hablando con mi mamá le conté la historia de cómo obtuve mi nombre.

- ¿Qué historia? -preguntó ella.

Le dije: "Tú sabes, José estaba enfermo cuando nació y tú y papá prometieron a Dios que, si vivía, lo nombrarías José y a tu primera hija le pondrían María".

- ¿Quién te dijo eso? -preguntó mi madre.

-Up. . . Papá -le dije-.

Y mi madre, que nunca se inclinó por el sentimiento, sólo volteó los ojos y dijo: "Bueno, eso nunca sucedió. Creo que sacamos tu nombre de un sombrero."

Quería creer el drama de la otra historia. Decía tanto de mí y de mi nombre, de mi familia y de nuestras relaciones. ¡Era una gran historia! Me llevó mucho tiempo el querer admitir la posibilidad de que no fuera cierta, y mucho menos permitir que me influenciara y cambiara una de las formas en que me identificaba a mí misma.

Como dije, es un ejemplo mundano, pero tuve que permitir que una antigua narración acerca de mí y mi familia la olvidáramos para poder crear espacio para que surgiera una historia más completa y verdadera. Permití que la historia que contaba sobre mí y mi familia fuera modificada por la información nueva, aunque lo nuevo cambiaría por completo mis percepciones.

En muchos aspectos nuestra cultura, nuestra Iglesia, nuestro país y la vida religiosa viven en este espacio un tanto incómodo y sombrío en el que las narraciones de larga duración son alteradas por nuevas experiencias e información. Y surgen nuevas narraciones, relatos más completos, historias más precisas y honestas.

Antiguas narraciones como el excepcionalismo americano, la dominación occidental, la democracia de Estados Unidos y el liderazgo moral, ya pasaron. Mientras que pueden estar basadas en algunas partes de la realidad histórica, que ya no son reflejo de nuestra complicada realidad actual.

Sin embargo, no todas estas antiguas narraciones terminaron, y no han surgido todas las nuevas. Creo que vivimos en la vida religiosa un momento entre el cual nuestro verdadero trabajo, el de todas nosotras, las que vivimos esta vida - es ayudar a que las historias acerca de nosotras mismas cedan el paso y abran espacio a las que surgirán. Se trata de un arduo, largo e indefinido trabajo.

A principios de este año, la Congregación para la Vida Consagrada y las Sociedades de Vida Apostólica publicaron (solamente en italiano y español) las reflexiones del encuentro plenario de 2014, al celebrar el 50° aniversario de Lumen Gentium y Perfectae Caritatis. El documento habla de este espacio de ambigüedad y lo importante que es nombrarlo por lo que es.

(Agradezco a Sor Tere Maya que me tradujo al inglés, sus notas sobre este documento.)

"No deberíamos tener miedo de reconocer sinceramente que, a pesar de toda la serie de cambios, el antiguo sistema institucional tiene dificultades para ceder, de manera decidida, a nuevos modelos... Estamos viviendo una etapa de necesaria y paciente reelaboración de todo lo que constituye el patrimonio e identidad de la vida consagrada dentro de la Iglesia y de la historia."

Re-elaboración paciente. ¿Cómo vivir y conducirnos en un momento como este? Yo sugiero que una forma es permitimos que las narraciones incompletas o antiguas se interrumpan por nueva información y experiencias. Sugiero que contemos historias más plenas, más completas y más precisas acerca de nosotras mismas para que puedan surgir historias mejores, más completas y más precisas.

Para muchos miembros de LCWR, incluyéndome, la presencia de la Dra. Shannen Dee Williams en la Asamblea del año pasado fue una experiencia profunda y poderosa de romper con una historia incompleta sobre comunidades de hermanas blancas o predominantemente blancas en los Estados Unidos.

Es cierto que muchas de nuestras congregaciones, incluyendo la mía, y muchas de nuestras Hermanas, incluyéndome, realizaron su ministerio en comunidades negras y están comprometidas a asegurar activamente la dignidad y los derechos de las personas de color y de otras razas. Es igualmente cierto que muchas congregaciones, incluyendo la mía, negábamos la entrada a nuestras comunidades a mujeres de color -y quizá también de otras razas- por ser negras.

La verdad expuesta por la investigación de la Dra. Williams rompió la narración dominante, pero simplista, sobre las comunidades blancas y nuestro compromiso con las minorías raciales. Su investigación exige que replanteemos esta narración sobre nosotras mismas. Exige que aprendamos a contar y a apropiarnos de una historia mucho más honesta y completa tanto del pecado como de la gracia cuando consideremos la historia de la mayoría de nuestras comunidades.

Sé que esta verdad recién descubierta ondea a través de nuestras regiones y seguirá haciéndolo. Dejemos que estas verdades nos hagan humildes. Permitamos que nos reclamen. Que nos maduren. Y nos lleven a la verdadera conversión y arrepentimiento, no simplemente lamentándonos con palabras, sino quitando todo rastro de supremacía o excepcionalidad.

Este tipo de honestidad es liberadora. También es un elemento fundamental en la construcción de la justicia.

Jon Sobrino, teólogo jesuita, escribe sobre la importancia de ser honesto con la realidad, sobre todo cuando ésta es dolorosa o implica sufrimiento. El "problema de la honestidad acerca de la realidad (*en el sentido social más amplio*)", escribe, "proviene del problema de ser honesto con respecto a tu propia realidad".

Aprendamos a leer nuestras historias personales y las narraciones sociales más amplias para el servicio mutuo es un profundo acto de justicia. Contar historias completas y precisas, particularmente en nuestro país y en el mundo de hoy, son actos personales de justicia, sobre los cuales se construyen mayores actos de justicia social.

En ningún otro momento de mi vida, puedo pensar, que la necesidad de ser honesta sobre la realidad haya sido tan urgente.

Narraciones de paso y emergentes.

Una de las narraciones más sustanciales sobre la vida religiosa que creo se está dando - y necesita urgentemente de nuestra asistencia para que continúe su curso - es la narración de la disminución. Parece ser que emerger en su lugar -y lo que necesita urgentemente de nuestra ayuda para abrirse espacio - es lo que yo llamo una narración de profundización en la comunión.

Creo que para poder apreciar plenamente esta narración de profundización en la comunión - o tanto como podamos percibir en este momento- tenemos que ver primero, algunos aspectos de la narración de la disminución.

Lo que quiero decir aquí es que no soy consciente de que haya ninguna beca en particular para esto - algunas de las personas escriben acerca de la disminución de la vida religiosa como una conclusión inevitable de su segura y certera desaparición. Lo que ofrezco aquí son simplemente mis observaciones y reflexiones. Pueden o no resonar con las suyas, pero las ofrezco como catalizador para la reflexión y la conversación.

El sentido más simplista de la historia de la disminución es algo así: la vida religiosa en los Estados Unidos alcanzó su máximo y por lo tanto la cumbre del favor de Dios con el auge de vocaciones después de la Segunda Guerra Mundial. Fue la edad de oro para la Iglesia y para la vida religiosa en este país. Hubo suficientes sacerdotes, Hermanas y Hermanos para hacer todo el trabajo que se pensaba necesario para construir la Iglesia en aquel momento. En ese entonces tuvimos el Vaticano II. El Concilio pidió a las comunidades religiosas que se renovaran de acuerdo a la visión de sus fundadores. Lo hicieron. (Y todavía lo continuamos haciendo.) Y, sin embargo, la renovación resultó ser el comienzo del fin de la vida religiosa.

Las Hermanas dejaron las escuelas para tomar trabajos seculares. Las Hermanas dejaron de usar hábitos y empezaron a usar ropa de calle. Las Hermanas dejaron de ser fieles y se volvieron feministas. Ahora todas ellas son mayores, y señalan el fracaso. La vida religiosa está muriendo.

Corregir esta narración es regresar al pasado.

Si las Hermanas simplemente volvieran a las escuelas, a los hábitos y a la fe, empezarían a recibir vocaciones. Y la vida religiosa podría revivir de nuevo.

Me doy cuenta de que esto es incompleto y demasiado simplista en sí mismo. Creo, sin embargo, que estos son fundamentos amplios y suposiciones de la historia dominante que dio forma a las percepciones sobre la vida religiosa en las últimas décadas.

La realidad es que este relato se nutre de información incompleta y de experiencia simplista. La narración empieza con una breve anomalía histórica que tuvo lugar hace casi 70 años. Ignora los siglos de evolución de la vida religiosa a lo largo de la historia de la Iglesia. Esta narración miope, se centra en la vida religiosa occidental o europea e ignora el oleaje y la erupción de la vida religiosa en otras partes del mundo.

La historia de la disminución ve la muerte como castigo por la infidelidad percibida. Entonces el misterio pascual, debería ser un fracaso épico. Esta narración promueve un juego de no agrandar en forma mono-cultural las reglas rígidas que equiparan la ortodoxia con los números, la vestimenta y el grado en que nuestras actividades pueden asociarse con la Iglesia como institución.

Esta historia de disminución está arraigada en un modelo económico insostenible de la parroquia, la escuela y la vida religiosa que, en su momento, creó las condiciones para el pleno florecimiento de la cultura católica en este país. Casi cada reto al que nos enfrentamos en este momento, desde las propiedades, las finanzas, los ministerios, el cómo cuidar de todos nuestros miembros, pueden remontarse a las vidas y trabajos realizadas por nuestras Hermanas y Hermanos al dar el servicio al pueblo de Dios en unos Estados Unidos rápidamente diversificados.

En su centro la historia de la disminución nos disminuye a todas nosotras. A toda vocación. A toda la Iglesia. Y, sobre todo, disminuye a Dios. Su origen está en un Dios muy pequeño y una imagen exagerada de la humanidad. Está enraizada en un Dios corporativo que atribuye a las nociones humanas de progreso y crecimiento más que a los patrones rítmicos de dar frutos. La historia de la disminución refleja nuestros temores, nos incómoda y la no resuelta relación con la

muerte. Creo que en el corazón del relato hay una sospecha, si es que no un rechazo total, aunque tácito, a ambos la encarnación y la resurrección.

Esta historia nos hizo ambivalentes acerca de nosotras mismas y acerca del significado de nuestra vocación. Mantiene nuestra visión interior enfocada en lo que no es ni importante ni posible, un crecimiento absoluto.

Esta es la narración que creó y perpetuó un conflicto indebido que sirvió de base para la Visita Apostólica y la Evaluación Doctrinal de nuestra Conferencia.

Si bien creo que este relato sigue siendo operativo entre muchas personas, también creo que rompió una variedad de formas, y una historia nueva, más complicada y compleja sobre la vida religiosa que surgió.

La narración emergente, una historia de comunión, le da forma a la información nueva y a la experiencia - algunas son fácilmente visibles para nosotras y otras no son tan fácilmente disponibles como necesitaríamos que fueran. Algunas de las nuevas experiencias serán vigorizantes y liberadoras y algunas otras pueden ser inquietantes y desafiantes.

Creo que uno de los frutos tanto de la Visita Apostólica como de la evaluación doctrinal y mandato a la Conferencia de LCWR con cada una de sus respectivas conclusiones, es que crearon un espacio más amplio a través del cual la narración simplista de la disminución puede pasar y una narración de comunión más compleja puede emerger. Nuestra fidelidad ya no es cuestionada. Nuestra validez y contribución al Evangelio y particularmente a la misión de Jesús, en una cultura más amplia, ya no es un problema. Las tensiones creativas ordinarias que experimentamos dentro de las relaciones eclesiales ya no pueden considerarse automáticamente - por nosotras mismas o por otras - como conflictos no resueltos.

A diferencia del enfoque de la narración de la disminución en la vida religiosa en Norteamérica, este relato emergente de comunión amplía su enfoque a la vitalidad de la vida consagrada y a la explosión de la energía espiritual en todo el mundo. Toma en cuenta, como señala CICLSAL, la "des-occidentalización" o "des-europeización" de la vida religiosa que parece estar en paralelo al enorme proceso de globalización.

Durante el Año de la Vida Consagrada, la CICLSAL organizó una serie de reuniones para diversos grupos de religiosas y religiosos de todo el mundo. Estos grupos incluían jóvenes religiosos, formadores, religiosos mujeres y varones de todas las tradiciones cristianas, y una reunión de representantes de todas las formas de vida consagrada y de institutos seculares.

Cada grupo formuló un mensaje final para el Papa Francisco y para la Iglesia en general. Cada grupo habló elocuentemente de la experiencia de la comunión dentro de la diversidad y universalidad de la Iglesia, a través de los carismas, los institutos y las expresiones de vida religiosa. Hablaron de manera realista acerca de las circunstancias presentes y las diferencias, reconociendo los desafíos, así como la necesidad de sanación y reconciliación.

El mensaje de la reunión de todas las formas de vida consagrada y de los institutos seculares reconoce que... "Necesitamos colaborar unas con otras para reconciliarnos con aquellas con quienes hubo rupturas, deseosas de ir más allá de la polarización de nuestras regiones, la dureza y la ira. . . . Tenemos que dejar a un lado nuestras certezas y aprender a intuir con el corazón en el amor y con un ojo que vea claramente como los planes de Dios se despliegan en la novedad. . . Sobre todo, necesitamos preguntarnos a nosotras mismas qué es lo que Dios y la humanidad nos piden hoy día. "

En otras partes de su mensaje reconocen que mientras que las vocaciones a diversas formas de vida están disminuyendo en algunas áreas, "necesitamos regocijarnos porque el Espíritu está donando vocaciones en otros lugares". Notaron la necesidad de una creatividad valiente para promover la inculturación de carismas sin rigidez cultural.

El mensaje final de la reunión de los jóvenes religiosos de todo el mundo habla de la "seria y profunda" comunión entre los diversos carismas y formas de vida consagrada y su sincero compromiso de vivir esta comunión "cada vez con mayor intensidad en los lugares donde viven."

Estas reuniones durante el Año de la Vida Consagrada ofrecen un poderoso testimonio de la catolicidad de nuestra Iglesia y de la comunión y solidaridad global. Considera lo que Dios y la humanidad nos piden hoy. Considera lo que significa levantar y hacer visible la diversidad intercultural y la inclusión en un momento en que los movimientos fundamentalistas y nacionalistas amenazan a sociedades enteras.

En este país los signos de la profundización de la comunión entre religiosos varones y mujeres brotan de formas únicas, todo lo cual creo que apunta a esta narración emergente.

En los últimos dos años se publicaron dos investigaciones sobre la vida religiosa en los Estados Unidos. Ambas investigaciones iluminan la creciente diversidad y globalización de la vida religiosa en los Estados Unidos.

A principios de este año, la Universidad de Trinity Washington y el Centro de Investigación para el Apostolado (CARA) publicaron los resultados preliminares de un estudio de Hermanas internacionales en los Estados Unidos. El estudio lo hizo la Hermana de Nuestra Señora de Namur y socióloga Mary Johnson. Mary y su equipo identificaron a más de 400 Hermanas internacionales -consagradas que nacieron fuera de los Estados Unidos- que se encuentran actualmente en este país para estudiar, formar o realizar su ministerio.

Nuestras hermanas vienen de 83 países de los 6 continentes. Están comprometidas en una variedad de cursos, de estudios y Ministerios, muchos de los cuales atienden a las necesidades de los más pobres y más vulnerables de nuestra sociedad. Las Hermanas que respondieron a este estudio están altamente preparadas y las que se inscribieron en él, consistentemente enriquecen la experiencia de aprendizaje de sus compañeras de clase. Suman y complementan la ya creciente diversidad cultural y étnica de la vida religiosa en los Estados Unidos.

Considera lo que Dios y la humanidad están pidiendo hoy en día.

Considera lo que esta realidad eclesial de diversidad cultural y étnica atestigua en un país cuyo gobierno amenaza con cerrar o limitar el acceso a sus fronteras de alguna nueva manera cada día.

También a principios de este año, CARA publicó una tercera edición de su directorio de las comunidades emergentes de la vida consagrada de Estados Unidos desde el Vaticano II.

Actualmente hay en los Estados Unidos 159 movimientos laicos y comunidades de vida consagrada. Residen en 86 diócesis en 36 estados y territorios. Esto representa un aumento del 31% respecto al número identificado en 1999. Aproximadamente la mitad de estos grupos fueron fundados desde 1990. Cuentan de 3 a más de 400 miembros. Se trata de comunidades tanto de hombres como de mujeres. Se auto-identifican con una amplia gama de carismas y espiritualidades incluyendo híbridos como el "contemplativo-apostólico". Se fundan para una

variedad de apostolados, la mayoría de los cuales no se identifican con las obras institucionales tradicionales de las comunidades religiosas.

No hay estudios, de los que esté enterada, acerca de las comunidades religiosas que surgieron en otras partes del mundo. Esta realidad, sin embargo, fue un tema de conversación en tres de los dicasterios que visitamos durante el viaje anual de los presidentes y director ejecutivo a Roma. Cada uno de estos dicasterios - CICLSAL, Evangelización de los Pueblos y la Congregación de la Doctrina de la Fe - señalaron los desafíos de asegurar un grado adecuado de autonomía y orientación dentro de las estructuras eclesiales para que estos grupos discernieran la eficacia de sus misiones y carismas más allá de sus obras y actividades.

Cada uno de estos dicasterios sugirió, también, de muchas de las congregaciones de nuestra conferencia que tienen una larga experiencia de siglos en discernimiento, espiritualidad, formación humana y religiosa y una valiosa sabiduría y experiencia para compartir con comunidades nuevas y emergentes, tanto en los Estados Unidos como en todo el mundo.

Considera lo que Dios y la humanidad están pidiendo hoy en día.

Considera lo que podría significar tener la madurez espiritual y la profundidad histórica de las espiritualidades y carismas de siglos anteriores sobre la vida y el desarrollo de las comunidades que surgen en la Iglesia.

Además de estas experiencias y expresiones de vida religiosa relativamente nuevas, hay una variedad de colaboraciones y reuniones que se dan entre los miembros de nuestras y de otras comunidades religiosas en este país. Creo que estas también señalan una comunión más profunda que nos atrae al bien de algo más grande que nosotras mismas.

Mientras aquí hablo sólo de experiencias entre religiosas, también soy consciente de la energía y el entusiasmo renovados entre los religiosos varones. La publicación de la Identidad del Hermano Religioso en 2016 fue una ocasión para que los religiosos de todo el mundo y de aquí, reflexionen y celebren acerca de su vocación y su lugar en la Iglesia, y profundicen en la comunión entre los hombres y mujeres consagradas.

En este país -y sospecho que en otros también- las religiosas más jóvenes, y tal vez los religiosos más jóvenes, se reúnen a lo que yo llamo las "casas a las que pertenecen" a las redes de moda de profunda comunión y apoyo mutuo o a cultivar sus capacidades para un mayor servicio a la Iglesia y al mundo. Estas religiosas nuevas y más jóvenes son mucho más diversas en lo cultural, en sus etnias, teología y eclesiológicamente que nosotras sus contrapartes más antiguas.

De muchas maneras, la vida religiosa que viven es fruto de la renovación y el fortalecimiento de las relaciones que desde hace décadas se viene dando entre las religiosas. Las relaciones de apoyo mutuo y colaboración entre congregaciones, provincias, carismas y conferencias es la única forma de vida religiosa que muchas de estas mujeres conocen. Ellas y otras mujeres y hombres que entraron en comunidades religiosas en este país y en todo el mundo representan una perturbación audaz en la historia de disminución. Son elementos vivientes de la narración que surge de la comunión.

Aunque probablemente hay muchos más, les ofrezco dos ejemplos de esto.

A principios de este año, 13 religiosas de menos de 50 años de diversas congregaciones, tanto de LCWR como de la Conferencia de Superiores Mayores de Mujeres (CMSWR), colaboraron para

redactar una colección de ensayos sobre temas como los votos, la vida comunitaria, el Ministerio y el carisma. El libro, titulado En nuestras propias palabras, será publicado por Liturgical Press en febrero. Lo que me parece más alentador en este esfuerzo no es sólo el estilo colaborativo en el que fue escrito, sino la atención e intención a la diversidad e inclusividad que representa la variedad de autores y la gama de temas, teologías, enfoques y estilos. Esta diversidad e inclusividad ilumina la universalidad y la globalización de la vida religiosa en Norteamérica.

La reciente reunión de Dando una Voz en el Iona College de Nueva York el mes pasado también representó la creciente diversidad de la vida religiosa en Norteamérica. De nuevo, las jóvenes religiosas de congregaciones que son miembros de LCWR y CMSWR se reunieron a través de sus casas y de las nuestras de pertenencia para crear un espacio rico e inclusivo destinado a apoyarse mutuamente en sus vocaciones en beneficio de sus comunidades, la Iglesia y el mundo.

Estas mujeres no son ingenuas, ni carecen de sentido de la historia. Son muy conscientes de los límites que están atravesando e igualmente conscientes de la llamada del Papa Francisco y del recordatorio a los religiosos y religiosas de todo el mundo de que nuestra vida -y cada una de nosotras en virtud de nuestra vocación debemos ser "expertas en comunión", testigos de la comunión en y para un mundo quebrantado.

Considera lo que Dios y la humanidad están pidiendo hoy en día.

Considera lo que podría significar para nuestro país polarizado, la Iglesia y la comunidad global si permitiéramos que elementos de esta historia emergente de comunión interrumpieran las narraciones anteriores de división y separación entre religiosos y religiosas y también entre las religiosas en este país.

Cada una de estas realidades interrumpe alguna dimensión de la narración de disminución que necesitamos ayudar a que terminen. Cada una contribuye de alguna manera a una historia emergente de comunión que, en última instancia, es testigo de una comunión más profunda con Dios, entre sí y con el mundo.

El camino hacia nuestra más profunda comunión: el dolor y el desamor del mundo.

Sería negligente si no abordara lo que probablemente es la fuente de la más profunda comunión entre nosotras y con el mundo en general. Estoy convencida que, como líderes en nuestras congregaciones y como religiosas en Norteamérica hoy en día, el camino para nuestra más profunda comunión de unas con otras, con Dios y con el mundo es el profundo e implacable dolor y angustia que marca nuestras vidas y las vidas de nuestras comunidades.

La historia emergente de la comunión es esencialmente una narración pascual. Está formada no por referencias humanas de éxito y fracaso, sino por el modelo de vida de Jesús: en su vaciedad y humanidad. Es una narración exigente que requiere nada menos que todo lo nuestro y lo de nuestras Hermanas.

No creo que ninguna de nosotras pueda subestimar el peso aplastante de capas y capas de dolor acumulado, tristeza y pena bajo las cuales nos comprometemos en este Ministerio de liderazgo en este momento. Hemos presenciado los lechos de muerte de muchas de nuestras Hermanas. Caminado más allá de muchas de nuestras mentoras. Enterrado a demasiadas de nuestros mayores, y nos hemos quedado inmóviles ante las lápidas de demasiadas de nuestros compañeras, incluso algunas más jóvenes que nosotras. Lloramos demasiadas lágrimas o

simplemente nos adormilamos ante el recordatorio casi diario de que la vida ciertamente cambia y, sin embargo, no termina. Estas son las pérdidas desgarradoras que pertenecen al tiempo de Dios y no al nuestro.

Como si el dolor de la muerte no fuera suficiente, nuestra pena y tristeza comunitaria se profundizan aún más en nuestra psique cada vez que cambiamos a un Ministerio de liderazgo distinto del nuestro, cada vez que nos despojamos de una institución amada, dejamos una parte de nuestro hogar o colocamos una Casa Madre para su venta. Estas son las pérdidas desgarradoras que al ser nuestras nos conducen o facilitan en el servicio a un futuro que permanece incierto y desconocido, y que tal vez nunca veremos.

Creo que en todas las maneras posibles, vivimos y conducimos tan cerca de un velo delgado y húmedo contra el cual todos aquellos a quienes amamos y que nos aman se aglomeran, susurran nuestros nombres y cuentan historias de esperanza para consolarnos y consolar.

"La esperanza", escribe Cynthia Bourgeault, "nos llena de fortaleza para permanecer presentes. Siempre y sólo entra a través de la rendición, es decir, la voluntad de dejar ir todo a lo que estamos aferradas. Y sin embargo, cuando entramos en ella, entra en nosotras y nos llena de su propia vida. ... una fuerza tranquila más allá de todo lo que hemos conocido. "

En las *Cartas a un joven* el poeta Rilke tiene una de las descripciones más emocionantes que yo haya escuchado sobre la pérdida y la pena como la puerta de entrada al futuro. Me consuela una y otra vez. Aquí se las ofrezco. El escribe:

"Tú has tenido muchas y grandes tristezas, que pasaron, pero por favor considera si estas grandes tristezas ¿no han pasado por el centro de ti mismo? Si mucho en ti no ha sido alterado, ¿en algún momento de tu ser, no has sufrido un cambio en algún lugar mientras estabas triste? Porque son momentos en que algo nuevo entró en nosotros, algo desconocido; que nuestros sentimientos crecen mudos en tímida perplejidad, todo en nosotros se retira, llega una quietud, y lo nuevo, que nadie conoce, permanece en medio de ella y calla.

Creo que casi todas nuestras tristezas son momentos de tensión que encontramos paralizantes porque ya no podemos escuchar nuestros sorprendidos sentimientos vivos. Porque estamos solos con lo extraño que entrara en nosotros mismos; porque todo lo íntimo y acostumbrado se no quita por un instante; porque estamos en medio de una transición en la que no podemos permanecer de pie.

Por esta razón la tristeza también pasa, lo nuevo en nosotros, lo añadido entró en nuestro corazón, entró en su cámara más recóndita y ya no está allí - ya está en nuestra sangre. Y no supimos lo que era. Podríamos fácilmente creer que nada sucedió, y sin embargo cambiamos, como cambia una casa en la que un huésped entra.

No podemos decir quién vino, tal vez nunca se sepa, pero muchos signos indican que el futuro entra en nosotras de esta manera para transformarse en nosotros mucho antes de que suceda".

De muchas maneras la vida religiosa que estamos viviendo es la casa de Rilke - cambiada por el huésped desconocido e irreconocible - lo nuevo, lo añadido que entró en nuestros corazones.

Nuestro futuro ya entró en nosotras, ya se transformó en nosotras. Nuestro trabajo en esta casa es dejar pasar las cosas anteriores para que el futuro - ya en nuestra sangre - pueda suceder.

El psicólogo Francis Welter escribe que estamos más vivos en el umbral entre la pérdida y la revelación y que cada pérdida en última instancia abre el camino para un nuevo encuentro.

Creo que cuidar nuestro dolor por nuestras muchas y grandes pérdidas y por el quebrantamiento del mundo, aferrarnos al delgado velo entre este punto y entre la pérdida y la revelación e invitar a otros a hacerlo con nosotros es uno de los más generosos y generativos actos de servicio que podríamos prestar a nuestras Hermanas afligidas, a nuestros vecinos heridos, a nuestro mundo desquebrajado.

Considera lo que Dios y la humanidad están pidiendo hoy en día.

Afligido, Walter Bruggeman señala, es la obra que pertenece a una comunidad profética en medio de una cultura de negación. Tal comunidad puede no ser el lugar más feliz de la ciudad, pero es el más honesto, donde la honestidad no es una preocupación extrema en una cultura de negación.

Una comunidad profética recuerda que la resurrección tuvo lugar en medio de una comunidad en duelo. Llegó como un valiente trastorno a una antigua historia de la muerte.

Nuestro propio dolor es una puerta a la gracia, no sólo para nosotras mismas, sino para nuestro mundo. La gracia vendrá al abrazar esta narración pascual de comunión, será costosa pero no nos disminuirá. Tomará nuestra mejor energía y no nos consumirá. Nos abrirá a la vitalidad que se encuentra en el corazón de la comunión con Dios, entre sí y con el mundo en general. Nos ayudará a hablar nuevos idiomas, a aprender nuevas imágenes y a contar nuevas historias. Nos hará nuevas.

Y mientras nuestro dolor nos está haciendo nuevas, vamos a rehacer el mundo.

Concluyo con un poema de Gregory Orr:

Vamos a rehacer el mundo con palabras.
No es frívolo, ni para escondernos de lo que tememos,
Pero con una finalidad.

Vamos, como dijo Wordsworth, a remover
"El polvo de la costumbre" para que las cosas
brillen de nuevo, cada objeto
en su túnica original de luz.

Y entonces veremos el mundo
como si fuera la primera vez
como una vez miramos a la amada
quién nos estaba mirando.

Bibliografía

- Bourgeault, Cynthia. *Mystical hope: trusting in the mercy of God*. Cambridge, MA, Cowley Publications, 2001.
- Brueggemann, Walter. *Reality, grief, hope: three urgent prophetic tasks*. Grand Rapids, MI, William B. Eerdmans Publishing Company, 2014.
- Proclaim to consecrated men and women witnesses of the Gospel among peoples*. Congregation for Institutes of Consecrated Life and Societies of Apostolic Life. Vatican City, Libreria Editrice Vaticana, 2016.
- Emerging U.S. Communities of Consecrated Life since Vatican II*. Third ed., Center for Applied Research in the Apostolate, Washington, D.C. , 2017.
- Listening to the spirit of unity*. Congregation for Institutes of Consecrated Life and Societies of Apostolic Life. Vatican City, Libreria Editrice Vaticana, 2016.
- Murchú, Diarmuid Ó. *Religious life in the 21st century: the prospect of refounding*. Maryknoll, NY, Orbis Books, 2016.
- New Wine in New Wineskins. Consecrated Life Fifty Years after the Second Vatican Council and the Challenges that Still Exist*. Congregation for the Institutes of Consecrated Life and Societies of Apostolic Living. Vatican City, Libreria Editrice Vaticana, 2017.
- Orr, Gregory. *Concerning the book of the body of the beloved*. Copper Canyon Press, October 2013
- Religious and Human Promotion*. Plenaria of the Sacred Congregation for Religious and Secular Institutes. Vatican City, Libreria Editrice Vaticana. April 25-28, 1978.
http://www.vatican.va/roman_curia/congregations/ccsclife/documents/rc_con_ccsclife_doc_12081980_religious-and-human-promotion_en.html Accessed on June 30, 2017.
- Rilke, Rainer Maria, and Franz Xaver Kappus. *Letters to a young poet: translation by M.D. Herter Norton*. New York, NY, Norton, 1993.
- Sobrinho, Jon, and Margaret Wilde. *Where is God? Earthquake, terrorism, barbarity, and hope*. Maryknoll, NY, Orbis Books, 2006.
- International Sisters in the United States*. Trinity Washington University/CARA Study. March 2017.
- Weller, Francis. *The wild edge of sorrow: rituals of renewal and the sacred work of grief*. Berkeley, CA, North Atlantic Books, 2015.